

Colonia, 3 de junio

CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE

Los tiempos cambian y nosotros cambiamos con ellos. He aquí un dicho sobre el que podrían decir mucho estos señores, nuestros ministros Camphausen y Hansemann. Antaño, cuando no eran más que humildes diputados que se sentaban en los bancos de la escuela de la Dieta, ¡cuánto tuvieron que consentir a los comisarios del gobierno y los mariscales! Cuando estaban en secundaria, en la Dieta provincial de Renania¹, ¡qué severo se mostraba Su Alteza, el tutor Solms-Lich! Y al pasar luego al bachillerato de la Dieta Unida, donde estaban permitidas ciertas muestras de elocuencia, aún tuvieron que soportar el bastón que el Sr. Adolf von Rochow, su maestro, blandía en nombre de Su Majestad. Con qué humildad tuvieron que aceptar las impertinencias de un Bodelschwingh, con qué fervor admirar el alemán de un tartamudo Boyen y, ante la grosera ignorancia de un Duesberg, ¿acaso no era su deber ser fieles súbditos de cortas miras?

Ahora todo ha cambiado. El 18 de marzo los alumnos de la Dieta terminaron su adiestramiento político con un aprobado en su examen de reválida. El Sr. Camphausen y el Sr. Hansemann se convirtieron en ministros y, encandilados, experimentaron ese sentimiento de grandeza propio de los “hombres necesarios”.

Cualquiera que entre en contacto con ellos no puede dejar de advertir cuán “necesarios” se creen, qué presuntuosos se han vuelto desde que abandonaron la escuela.

No han tardado en reordenar provisionalmente su vieja clase, la Dieta Unida. Aquí es donde debía establecerse, según formas prescritas, el gran documento que iba a sancionar el paso del liceo burocrático a la universidad constitucional, la solemne entrega al pueblo prusiano de su diploma de bachiller.

El pueblo declaró, en numerosas memorias y peticiones, que no quería saber nada de la Dieta Unida.

El Sr. Camphausen respondió (vean la sesión de la Constituyente del 30 de mayo) que la convocatoria de la Dieta era una *cuestión vital* para el ministerio, por lo que el asunto evidentemente se quedó así.

La Dieta se reunió, una asamblea que desesperaba del mundo, de Dios y de sí misma, vencida, aplastada. Le habían dicho que no tenía más que aceptar la nueva ley electoral, pero el Sr. Camphausen no sólo exigía una ley escrita en papel y elecciones indirectas, sino veinticinco millones en dinero contante y sonante. Las curias se sorprendieron, no sabían si tenían competencia para ello, balbucían objeciones

¹ Las Dietas provinciales se instituyeron en Prusia en 1823. Estaban compuestas de los jefes de las principales familias y los representantes de la nobleza, de las ciudades y del campo. Como para participar en las elecciones de esta Asamblea provincial había que ser terrateniente, la mayoría de la población estaba excluida y era fácil para la nobleza obtener la mayoría. Las Dietas provinciales eran convocadas por el rey; su competencia se limitaba a cuestiones locales de la administración provincial. En el dominio político sólo tenían unas restringidas funciones consultivas. Los presidentes de las Dietas provinciales llevaban el título de “Mariscal de la Dieta provincial”.

incoherentes; pero no sirvió de nada, el Consejo del Sr. Camphausen ya había tomado una decisión: si los créditos no eran aprobados, si se rechazaba el “voto de confianza”, el Sr. Camphausen marcharía a Colonia y abandonaría a la monarquía prusiana a su suerte. Ante esta perspectiva, un sudor frío recorrió la frente de estos señores de la Dieta, que cesaron toda resistencia y votaron la confianza con una sonrisa agrí dulce. Teniendo en cuenta que estos veinticinco millones cotizan en el país de los sueños, podemos hacernos una idea de cómo fueron votados.

Se proclamó el sufragio indirecto. Un huracán de ruegos, peticiones y delegaciones se levantó contra este criterio electoral. Respuesta de los señores ministros: La vida del ministerio está ligada al sufragio indirecto. Estas palabras traen la calma y las dos partes se van a la cama.

Se reúne la Asamblea pactista². El Sr. Camphausen se dispone a dirigirle un memorial en respuesta a su discurso al trono. El diputado Duncker debía hacer la propuesta. Se inicia la discusión. El memorial choca con una oposición bastante enérgica. El Sr. Hansemann se cansa de oír las eternas y confusas chácharas de la inhábil asamblea; son insoportables para su ritmo parlamentario, por lo que, de buenas a primeras, declara que todo eso sobra; o bien se lee el memorial, y todo correcto, o bien no se lee, en cuyo caso el ministerio se retirará. Sin embargo la discusión prosigue, y finalmente tiene que ser Camphausen el que suba a la tribuna y confirme que la cuestión del memorial es vital para el ministerio. Como esto tampoco parece servir de mucho, el Sr. Auerswald se ve obligado a intervenir también, afirmando por tercera vez que la vida del ministerio depende de ese memorial. Naturalmente, esto convence por fin a la Asamblea de que debe votar a favor del memorial.

Así, en dos meses, nuestros “responsables” ministros han adquirido una experiencia y una seguridad en el manejo de las asambleas que el Sr. Duchâtel, que no es precisamente un cualquiera, sólo logró tras varios años de íntimos tratos con las pasadas Cortes francesas. El Sr. Duchâtel, cuando las largas peroratas de la izquierda empezaban a aburrirle, también tenía la costumbre echar mano a su último recurso y declarar: las Cortes son libres de votar a favor o en contra, pero si lo hacen en contra, dimitiremos. Y la vacilante mayoría, para quien el Sr. Duchâtel era el hombre “más necesario” del mundo, corría entonces atemorizada a refugiarse alrededor de su jefe como un rebaño de borregos bajo una tormenta. El Sr. Duchâtel era un francés intrépido y jugo a este juego hasta que sus compatriotas le dijeron basta. El Sr. Camphausen es un alemán sensato de solidas opiniones, él sabrá hasta dónde puede llegar.

Evidentemente, cuando uno está tan seguro de su gente como el Sr. Camphausen lo está de sus “pactistas”, puede ahorrarse mucho tiempo y argumentos. Uno puede cortar la palabra a la oposición sin más rodeos argumentando, en cualquier discusión, que está en juego la vida del gabinete. Este método normalmente es apropiado para hombres decididos que saben perfectamente lo que quieren y a los que toda nueva palabrería inútil se les hace insoportable –hombres como Duchâtel y Hansemann–. Pero a quienes les gusta la discusión, quienes aman “expresar e intercambiar sus puntos de vista en un gran debate, sobre el pasado, el presente y el futuro” (Camphausen, sesión del 31 de mayo), para los hombres que se mantienen en el terreno de los principios y que escrutan los acontecimientos cotidianos con la penetrante mirada de la filosofía, para espíritus superiores como Guizot o Camphausen, este expediente prosaico no es en absoluto conveniente, y nuestro presidente del Consejo podrá darse cuenta de ello. Que deje esto a su Duchâtel-Hansemann y permanezca en esa esfera superior donde tanto nos gusta verle.

² La Asamblea de Berlín se reunió para “pactar con la Corona una Constitución”. Marx y Engels emplearán nuevas expresiones para fustigar a la Asamblea y a los diputados demasiado conciliadores con el rey y los poderes feudales y reaccionarios. Empleamos, pues, este neologismo, el adjetivo *pactista* [“ententiste” en francés].

